

Arudamra Cuentos fantásticos

Yosuel Ian

Image not found.

Capítulo 1

El soñador

Rey miraba desde su charca hacia el horizonte. A lo lejos se veían las montañas más altas. Se deleitaba en las aves que podían ascender al firmamento. Su deseo era poder volar.

Por la mañana, el señor Rana escribía en sus apuntes que los pájaros no volaban por sí solos, sino que existía una fuerza que los deslizaba a ellos por la atmósfera. La rana tenía una Cueva de Invenciones para elaborar objetos raros. Tenía en su pizarra científica el dibujo de su especie buscando la manera de crear una forma para volar. Diseñó la primera vez una carrosa de plumas. Esta poseía un asiento cómodo, unos propulsores que funcionaban cuando el pedaleaba. Al día siguiente, iba a probar su ingenioso invento.

Se había lanzado desde la montaña más alta con las esperanzas de poder deslizarse como un ave. Sin embargo, voló por unos minutos teniendo una falla mecánica, eso hizo que las cadenas de los motores se trancaran y cayera al suelo.

Par de días más tarde, no se dio por vencido. Usó un material pegajoso el cual volvía cualquier objeto liviano. Lo llamó la Hoja Patineta. La invención tenía cuatro ruedas, un motor de vapor y unas gafas que controlaban la estabilidad del objeto.

Al volar, un viento fuerte trajo muchas hojas sucias y se metieron por uno de los conductos de la patineta. Rey intentó estabilizar la maquinaria, pero terminó en el lago de los cisnes.

Se dijo que una mochila con alas lo haría volar. Sentía que esa vez lo iba a lograr. Esa tarde se puso su gorra de la buena suerte y encendió el invento. Voló por unos segundos, pero al no haber calculado bien su peso se rompió una de las alas.

Un día le preguntó al señor Carpintero cómo podía obtener unas alas. El don se burló a carcajadas. Los comentarios del pájaro no amedrentaron a Rey, quien era una rana dispuesto a realizar lo que quería. Se le quedaron grabadas las palabras de desaliento.

—No sueñes, los seres como tú no nacieron para volar. No importa cuantos inventos hagas no naciste con alas y no puedes ir en contra de la naturaleza.

La rana le contestó:

—Eso no es cierto. Verás que lo lograré—comentó la rana.

—Si lo logras dejaré de usar mis herramientas de pájaro carpintero y usaré otra forma.

—¡Cuidado con lo que desees! —le dijo el señor Rana.

—No me preocupo porque no volaras.

Entonces Rey se fue con la cabeza cabizbaja. Él regresó a su morada para pensar en una solución, pero su conciencia se sentía nublada, debido al comentario de don Carpintero.

A las 7.am la rana se decía que había inventado como poner el agua del charco caliente, había creado un sauna y una Cueva de Invenciones, pero lo frustraba que el invento más importante no lo lograba hacer. Un ave de multicolores apareció y era enorme. Tenía una armadura plateada y cuando aterrizó su armazón cambió. La rana se deleitó en plumaje color azul mezclado con rojo, no pudo dejar de observarla. El ave le habló:

—Buenos días, señor Rana. Veo que se encuentra muy triste hoy. ¿A qué se debe?

—Me llamo, Rey y no creo que puedas ayudarme. Mi problema es complicado.

—Mi nombre es Esperanza, si no me dices que te sucede no sé cómo podría ayudarte.

—Quiero volar.

—Debo decirte que mis comienzos fueron un desastre, sé cómo te sientes. Lo había olvidado ahora que vuelo todo el tiempo.

—No sabes ¿cómo una rana puede obtener unas alas?

Al rato el pájaro le dijo que podía montarse encima de su lomo para darle un paseo. Una emoción recorrió los sentidos de Rey. Sin pensarlo dos veces, saltó rápido y se montó encima del lomo. Llegaron a la cima del cielo, el viento soplaba muy fuerte y le fascinó lo coloridas que eran las nubes. Al mirar los alrededores, reconoció a las aves las cuales había observado durante las mañanas. El viaje lo llenó de nuevas ilusiones.

Al día siguiente, su amiga apareció y se fueron de aventura por largas horas. El ave le dijo su nombre. Esperanza le contó acerca de sus poderes

mágicos. Ella pertenecía al reino Plumas y su padre era el rey.

Al pasar el tiempo, la confianza creció entre ambos y el ave le enseñó el portal secreto para llegar a su hogar. Ahí la rana conoció a los distintos pájaros con rangos especiales. Algunos eran pequeños, otros grandes y los más ancianos tenían mucho plumaje blanco. Esperanza le dijo quienes tenían mucho penacho de plumas eran los sabios del pueblo y guiaban al reinado.

Al recorrer la ciudad, Rey quedó fascinado al ver a los guardianes tomar vuelo. No podía dejar de mirar los diseños de la arquitectura bien elaborada. En la ciudad Pluma las fortificaciones flotaban en el aire. También había una plaza con la llama del conocimiento, allí se reunían los pájaros a ver el espectáculo de las cascadas cristalizadas. Las chispas parecían fuegos artificiales cuando los veías. La rana no quería regresar a su mundo. Al ver las bellezas de ese pueblo mágico deseaba quedarse.

Un día Esperanza le habló a la rana acerca de los pájaros Destruidores. Eran unos depredadores con plumaje negro, quienes cambiaban su forma de ser debido a la busca de poder. Fueron echados del reinado por romper las leyes. Le dijo a su amigo que no podía venir a menudo porque sus enemigos buscaban el portal para hacerles daño. Rey se entristeció porque no vería a Esperanza de seguida. Le preguntó si había una forma de convertirse en un ave.

—No te preocupes siempre hay una manera, te prometo que te visitare.

Muchos días acontecieron, la rana pensó que su amiga se había olvidado de él. Desde la partida de su amiga, él miraba la cima de la montaña añorando irse de aventura.

Una mañana Esperanza se apresuraba porque un ave Destructor la interceptó. Ella logró defenderse, pero las garras de su enemigo hirieron su alas. Una de ellas estaba quebrada. Par de minutos después, su poca coordinación hizo que cayera al charco de la rana.

—¡Esperanza! ¿qué te sucede?

—¡Ay, Rey! Estoy herida y no podré regresar a mi casa, dile a mi padre que lo amo.

—¡No morirás, debe haber una solución para llevarte a tu hogar!

—Solo vine a verte. Sé lo triste que estabas. Te voy a ceder mis alas y se renovaran.

—Eso sería muy bueno de tu parte, pero si te quedas sin ellas, no las

quiero.

—No tienes otra opción, si me quieres salvar debes hacerlo. No es fácil volar y más cuando cargas a alguien.

Minutos más tarde, la rana adquirió las alas de su compañera. Una metamorfosis se apoderó de su amigo. Sus alas eran blancas con colores rojos y azules. Se le hizo difícil cargar a su compañera porque apenas sabía volar. En el transcurso de su recorrido pasó mucho trabajo, aunque no se dio por vencido. Este abrió el portal y logró llevarla al reino.

Por varios días, a lo que se curaba su amiga, Rey volaba por el firmamento. Esperanza se curó, ella le explicó que el cambio era temporero y debía darle sus alas para atrás. Rey había descifrado gracias a Esperanza cómo la energía cargaba a los pájaros. Le devolvió a su amiga lo que le pertenecía. El rey Ignacio hizo una celebración y le otorgó las más plumas de la sabiduría a la rana. Decidió volver a su pueblo.

Rey se levantó temprano para ir a la casa de don Carpintero. Se puso una gorra con el emblema que decía: Soñador. Ajustó la mochila con las nuevas alas y apretó las correas para los tenis de la Hoja Patineta. Don Carpintero observó a Esperanza tomar vuelo y le pareció impresionante. El viejo trabajador estaba listo para presenciar el desastre de su campesino.

La rana le sonrió a aldeano y, lleno de confianza, sus alas lo ayudaron a aventurarse hacia el horizonte. El señor Carpintero quedó estupefacto al ver como el paisano iba atravesando el paisaje. Refunfuñó el trabajador:

—No siempre se gana.

Guardó las herramientas en la covacha. No había querido comprometerse, pero era su palabra la que había sellado su destino. Desde esa vez su orgullo fue trastocado. Entonces, comenzó a usar su pico dejando un legado.

Copyright@ Yosuel Ian 2017. Si le gusta la obra no dude en aplaudirla porque tomaré de mi tiempo y haré lo mismo por usted. Soy crítico literario también.

Capítulo 2

El cascarón de oro

Pedro Gallo tenía las aspiraciones de tener las habilidades de una gallina ponedora. Quería aprender a poner huevos de oro. En el trabajo los empleados se enteraron de sus deseos. Sus compañeros hicieron un coloquio entre ellos. Le dijeron que se suponía que los gallos cantaran con su pose varonil, pisaran a sus enamoradas y llevaran la secuencia del tiempo. Él no se sentía a gusto con lo que hacía ni le importaba el patrimonio de la masculinidad.

Empezó a decirse que podía hacer otra profesión. Desde pequeño había admirado a las gallinas que ponían huevos de oro. Contemplaba su postura y lo elegantes que eran cuando hacían su trabajo, eso lo dejó perplejo. Recordó una vez cuando fue a una granja donde las gallinas trabajaban. Se quedó mirándolas con admiración. Eran altas, tenían mucho plumaje marrón, poseían ojos picaros y un pico rojo. Desde ese día quiso tener la profesión de esas trabajadoras.

Por la tarde, el galliforme caminaba por el pueblo. Los animales pensaron que se veía más atractivo de lo usual. Tenía cresta roja, patas carnosas, pico corto, era grueso, arqueado, de plumaje abundante, lustroso y con visos irisados, enseñaba sus tarsos fuertes armados de espolones. Sin embargo, a él no le importaba su físico y deseaba ejercer la carrera de las ponedoras. Gallo Guapo esperó a gritarle con sus demás compañeros.

—¡Ahí va, Pedro Huevo de Oro, el gallo culeco! ¡Ustedes pueden creer que quiere ser gallina!

Nadie se enfrentaba al Gallo Guapo porque él actuaba como un macho. Los animales lo admiraban porque estaba bien vestido, tenía unos zapatos finos, una camisa cara y muchas gallinas que se rendían con su hombría.

Poco días más tarde, los gallos continuaban mofándose de él aún más. Pero el ciudadano decidió echar las burlas hacia a un lado. Sabía que no existía un Plumero de Cambia Profesiones por ninguna parte. Él sabía que nadie lo ayudaría y debía solucionar sus inconvenientes. Pedro Gallo se dijo que no podía ser una pena capital el querer cambiar quien era. Tomó su maleta de cuero con parchos remendados, se dirigió a la granja Erótica de Ponedoras. Le preguntaría a la comadrona cómo podía convertirse en una de ellas.

Al llegar a granja, miró la faena de las empleadas. No habían gallos masculinos para que no tuvieran distracciones ni dejaban que las gallinas dejaran de cumplir con los pedidos porque cada huevo era valioso. La zona de trabajo donde se encontraban las ponedoras tenía un cojín para

que las empleadas estimularan sus anos. Al rato los huevos de oro bajaban por unos tubos. Estos eran puestos en los envases de cartón para luego ser distribuidos a las tiendas. Se encontró a la encargada de la granja. Se llamaba Gallina Manodura. Ella le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Quiero poner huevos de oro.

—¿Tú crees que si te acomodas en ese cojín te convertirás en una ponedora? Ser una de nosotras es mucho más que eso. Veo que tienes un deseo genuino, pero hay un problema. Lo que quieres requiere tiempo. Debes aprender nuestros movimientos por una semana y serás una de nosotras.

Pedro Gallo imitó sus poses buscando obtener resultados, pero caminar como una de ellas lo hizo caerse al suelo en varias ocasiones. Temprano por la mañana le quitaron los espolones, le cortaron la cresta y le pintaron el pico. Él debía aprender a ser menos varonil, pero mientras más lo intentaba se le hacía dificultoso.

Después lo sentaron donde había una máquina, por ella salía una manguera que se introducía por el orificio digestivo para succionar las impurezas de su estómago. Minutos después, le inyectaron una sustancia violeta para que sintiera los padecimientos de las gallinas ponedoras. Entonces, su pose de gallo fue cambiando, hablaba más afeminada, movía sus muslos con un vaivén y movía sus alas con distinción. Manodura le dijo a Pedro Gallo que estaba preparada para ir al centro de distribuciones.

Una semana pasó, él logró poner un huevo muy negro. Le faltaba dominar las técnicas de una gallina ponedora. No se dejó amedrentar por el fracaso y le preguntó a la comadrona que le honrara más tiempo para aprender porque todavía le faltaba pulir sus destrezas de gallina. Cada día progresaba hasta que puso un huevo amarillo. El color se volvía más claro con cada nuevo intento. Pedro Gallo sentía que vendría un huevo distinto porque se sentía gozoso por sus logros. Un día por la granja apareció Gallo Guapo y trajo a sus amigos para burlarse:

—¡Se acuerdan del Gallo Pedro feo! ¡Aquí lo tienen intentando ser una gallina culeca! ¡Mira lo linda que se ve!

La ponedora respiró profundo, lo intentó con más ganas. Los amigos de Gallo Guapo se reían. Minutos más tarde, menguaron los sonidos de las máquinas, los jefes junto a las gallinas ponedoras miraban con asombro.

Entonces, presenciaron el primer huevo de oro blanco. El brillo lo distinguía porque su color era radiante y las chispas brillantes alegraban a

los observadores. Los gallos, quienes se habían burlado, sintieron que el suceso lastimaba su ego y decidieron irse.

Durante la próxima semana, Pedro Gallo no ponía uno si no más de tres cartones de huevos por minuto. El huevo de oro blanco sabía mucho mejor y remplazó al anterior. La demanda era alta que decidieron ascender al gallo. Le enseñó a las demás a obtener las capacidades mágicas. Con el tiempo él decidió hacer su propio consultorio para cambiar las profesiones en el pueblo.

El Plumero de Cambia Profesiones fue creado, ya los animales podían cambiar sus funciones de trabajo, si así lo deseaban. Los que lo hacían compartían el cascarón de sus talentos sin sentirse como seres obsoletos dentro de un mismo lugar. Desde esa vez la aldea floreció.

Capítulo 3

A mis niñas

Mágico

Había un padre de familia en la región Fantasía quien perdió su creatividad. Quería recuperar lo que había perdido. Le faltaba a su invento una pieza vital para culminarlo. No podía trabajar bien porque le preocupaba que se estaban quedando sin comida. Deseaba descifrar cual era el problema que no hacía el objeto funcionar. Estuvo varias noches desarmando y reconstruyendo algunos de sus inventos con la esperanza de recuperar lo perdido. Se decía que la musa lo había abandonado hasta le hablaba a ver si regresaba. Debía ayudar a su familia a salir hacia adelante.

Durante el desayuno, Edmundo compartió la última laca de pan con sus hijos. Se quedó con hambre al darle la porción de comida a los niños. Él sabía que trabajar con el estómago vacío sería trabajoso. Alojaba la esperanza que el invento funcionaría. Soltó una maldición al ver como se descomponía la invención. Por la falta de creatividad el nombre de la pieza no le llegaba. Era vital completar el objeto, sino sus niños no tendrían con que comer al día siguiente. Se encerró en el domicilio de experimentos. No le gustaba que nadie lo interrumpiera cuando empezaba a elaborar un invento.

Al par de minutos, los tres hijos le tocaban la puerta porque querían ser inventores como su progenitor. También deseaban estar con él cuando trabajaba con un producto nuevo. Los niños en varias ocasiones se conformaban con mirar por el orificio de la puerta. Edmundo los regañaba fuerte y los echaba del lugar. Ellos no perdieron el ánimo de ayudar a su padre.

—¡Niños, ustedes saben que su padre anda ocupado! ¡Vallasen a jugar con sus juguetes! —le especificó él.

Su cólera apagó sus espíritus, los tres vástagos se fueron con la cabeza cabizbaja. Añoraban el momento cuando su padre los dejara entrar. Entonces la preocupación nubló los pensamientos de Edmundo. Los alimentos menguaban y tenía que buscar la forma de resolver el sustento de los menores. Quedaba una caja con un paquete de galletas. Tuvieron que repartírsela entre todos. Le pedía a la creatividad que regresara.

Por la madrugada se levantó para recoger sus viejos inventos. Agarró el bigote mágico, la silla flotante, los guantes invisibles y el lápiz hablador. Vendió los objetos el mismo día. Compró los alimentos necesarios, que le

durarían por unos días.

Retomó las faenas del día siguiente, empezó a construir unas suelas, terminó frustrado porque los zapatos no pasaron las pruebas mágicas. Había dejado la puerta semiabierta y sus hijos sonrían. Pensaron que entrarían a la habitación. El enojo de su papá fue peor.

—¡Lárguense de aquí estoy ocupado! ¡No me molesten! ¡Me rayo parta! ¿acaso no entienden? No les hablé en griego.

Al darse un golpe con el martillo recordó la razón porque no le salían sus inventos. Se dijo así mismo que olvidó una de las reglas más importantes. Pensó que cuando su domicilio de invenciones estaba abierto y los niños entraban sentía una chispa. Llegó a la conclusión que la compañía de su familia lo hacía fabricar lo inventos más rápidos, más resistentes y podía sentir la creatividad. También a la hora de vender su mercancía tenían una chispa mágica. Quería comprobar si su hipótesis era cierta.

A la 1 a.m se levantó porque no podía dormir. Debía buscarle alimentos a sus hijos para el desayuno. Le quedaban dos monedas antiguas. Se las había regalado su abuelo y valían mucho para él. Pensó que no importaba el valor que tuviera ese regalo. No le dolió venderlas porque era por un bien común. Vendió las monedas para sustentar a su familia. Pudo comprar pan, galletas, jamón y queso. Estaba contento porque eso le duraría un par de días. Escuchó al panadero decirle a un cliente:

—Claro, la mejor magia es la familia. Ellos nos dan esa llama y cualquier invención es posible.

A Edmundo se le cayó el pan y lo recogió. Las palabras comprobaron parte de su hipótesis. Abrió la puerta de su espacio creativo. La esposa de Edmundo entró con sus tres niños, quienes imaginaban ser inventores. Saltaban llenos de alegría al poder ver a su padre creando. Una chispa comenzó a moverse en las manos de sus familiares y volaba por la habitación. Terminaron los zapatos voladores.

Edmundo había descubierto el ingrediente secreto. Al vender los zapatos voladores obtuvieron tanta fama que agrandaron el espacio de invenciones. Luego abrieron una tienda en la ciudad. El hombre se sintió feliz porque junto a los suyos aprendió a manejar la magia más importante. El negocio se convirtió en uno familiar y la felicidad de ellos se manifestaba cuando inventaban. Las manos le brillaban, enseñando la verdadera magia.